



MAREA  
EDITORIAL



MAREA  
EDITORIAL



# PARA SER HUMANOS

MAREA  
EDITORIAL



MAREA  
EDITORIAL

Pablo Melicchio

# PARA SER HUMANOS

El legado de Adolfo Pérez Esquivel, instrumento de la paz

MAREA  
EDITORIAL



## SER HUMANOS

*Los tóxicos medios de comunicación. Conciencia crítica para desintoxicarnos. La palabra como energía. La paz es el camino. La resistencia cultural. ¿Personas o personajes? El adoctrinamiento o la rebelión cultural. El capitalismo y la ansiedad. El equilibrio y la sabiduría de los pueblos originarios. El bienestar personal y la comunidad.*

En su estudio *atelier*, en la planta alta de la casa de Adolfo, mi nostalgia surgió como un color liberado de la raíz de un arco iris apagado en un cielo lejano. Ese olor singular, una combinación entre óleos, aguarrás y acrílicos, me trasladó al pasado, hacia mi padre y mi abuelo paterno, al fundacional tiempo de mi niñez donde el arte empezó a ser un laboratorio de transmutación de las desdichas, la llave de ingreso al mundo interior para traducir el lenguaje profundo de lo inasible, del inconsciente y de la espiritualidad. Pero también una puerta de salida al mundo exterior para denunciar a los carceleros de la humanidad, y para demostrar que otras miradas y otros mundos son posibles.

Adolfo dispone de dos sillas, una frente a la otra. A mi izquierda, como testigos de nuestra charla, Jesús y sus invitados a su última cena, versión Pérez Esquivel; una obra

en construcción, como la vida misma. Enciendo el grabador y la cámara de la computadora. Grabo palabras. Retengo imágenes.

–Adolfo, ¿por qué hay tanta violencia? Entiendo que uno de los fines de la cultura es acotar las pulsiones de agresividad y muerte, para que no triunfe el poder de unos por sobre los otros, los más débiles. Pero en ese punto, como en otros, la sociedad sigue fallando.

–Todos los pueblos tienen una cultura. Cultura que tiene que ver con la memoria de ese pueblo, la vigencia de valores, la ética. Pero en estos momentos tenemos una invasión, fundamentalmente de los grandes medios de comunicación.

–Medios de comunicación que trabajan en contra de la paz, haciendo espectáculo de la violencia, viralizando el horror como un negocio y pocas veces para generar debates a favor de una toma de conciencia que invite al cambio. Femicidios y asesinatos como casos y no como personas. Novedades de cada día que tapan las historias, los nombres y apellidos de las víctimas. Exceso de imágenes y datos. Información sin formación.

–Son violentos, sobre todo desde la mentira. Trabajan para sus intereses, son parte del sistema que apunta a imponer el pensamiento único, el individualismo, no la solidaridad y la fraternidad; eso no cuenta.

–Ejercen mucha influencia, no solo desde la televisión sino también a través de las redes sociales. Todo tiene que ser urgente, novedad, imágenes y velocidad. Violencias, enojos, discursos de odio y, desde luego, muy poca apuesta al diálogo y la reflexión. Y cuánta gente come y repite, propaga

esa información tóxica sin darse cuenta, sin revisar la fuente, el contenido.

–Eso mismo. Yo siempre señalo que, así como hay monocultivos de soja y de maíz, que son mantenidos con agrotóxicos y con fertilizantes, todo artificial, existe un monocultivo más peligroso que todos esos, que es el monocultivo de las mentes con los tóxicos de las propagandas.

–Agrotóxicos mentales. Sabemos que las palabras tienen efectos, positivos y negativos. Palabras que en realidad son ideologías. Desde que nacemos, como diría Lacan, somos hablados antes que hablantes, es decir que los adultos de crianza y la sociedad hablan por nosotros, nos inundan de sentidos. Y de esta manera nos incorporan en la cultura. Crecer es repetir la lección para pertenecer al sistema. Pero allí no se construye el ser genuino, singular, sino solo el ser inicial, el sujeto sociofamiliar. Lo singular, es decir la personalidad, viene con el paso del tiempo si es que se puede ser crítico con lo aprendido y repensarse. Somos un entramado entre lo genético, lo producido en la crianza y las experiencias de vida.

–Hay tantos tóxicos que contaminan, especialmente a esa gente que no tiene una conciencia crítica y valores, que entonces afirma que tal cosa es así porque lo escuchó en la televisión, lo dijo fulano de tal, lo publicó el diario... Hay algo que siempre me preocupó: la palabra. La palabra no es porque sí, se usa con una gran ligereza, pero la palabra es energía, tiene una potencialidad tremenda. Con una palabra podés amar y con una palabra podés destruir, puede ser tan mortal como un arma.

–Como un cuchillo, que puede servir para cortar un trozo de pan como para herir a una persona, del mismo modo las palabras. La palabra enferma y la palabra cura.

Hay que enseñar el valor y los efectos de las palabras para la comunicación. Ya en la escuela primaria aparecen los incipientes signos de las violencias que portan las palabras. Cuando doy una charla en algún colegio, para intentar prevenir el problema del *bullying*, cada vez más extendido, signo de lo que aprenden de los adultos y de esta sociedad, les explico a las pibas y a los pibes acerca de las consecuencias que tiene el uso de las palabras. Las palabras cargan sentidos, tienen su propio peso y valor. Muchas veces, detrás de un supuesto chiste, se está hiriendo a alguien y esa víctima, con el tiempo, puede tener grandes secuelas en su personalidad, en su autoestima.

—Por lo general, todos los conflictos empiezan con la palabra. La devaluación de la palabra. Hay una fuerte política de los grandes medios de comunicación. Fijate en las guerras. Bush atacó a Saddam Hussein diciendo que en Irak habían armas de destrucción masiva. Eran todas mentiras. La guerra la dirigió a través de la mentira, no de la verdad. Lo mismo ocurre con la guerra de Ucrania y Rusia, que también se basa en la mentira.

—¿Cuál sería la mentira en la guerra entre Rusia y Ucrania, Adolfo?

—Cuando Rusia invade Ucrania, descubre en Kiev laboratorios biológicos y químicos bajo la dirección de los Estados Unidos. Pide una reunión urgente del Consejo de Seguridad y les pone sobre la mesa todos los documentos encontrados... Estamos en tiempos de guerras biológicas. Como las aves migran de un país a otro, las estudian y las clasifican. Entonces, para atacar a un país, les ponen una cápsula de virus y otra de un explosivo. Cuando saben que esas aves están en tal lugar, las detonan y desparraman

el virus. Ciencia ficción hecha realidad. Pero los Estados Unidos niega, en el Consejo de Seguridad de la ONU, su responsabilidad, y se opone a que avance una investigación sobre esos laboratorios. Estamos en manos siniestras. Se parece a la Conquista del Desierto. Ayer tuve una reunión por *zoom* con una antropóloga, Virginia Sabau; hablamos acerca de la restitución de restos indígenas. Estuve actuando con los restos de Mariano Rosas; su tumba había sido profanada hace 122 años por un coronel y su cráneo terminó en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata. La restitución a sus descendientes se hizo por ley del Congreso de la Nación. Los llevamos a La Pampa, a las comunidades tehuelches y mapuches. Y los colocaron en una pirámide que ellos mismos hicieron. Los militares de entonces, en un momento, les regalan frazadas, pero contaminadas con sarampión y viruela. Y así los mataban.

–Frazadas en el pasado, o aves en el presente, pero la misma intención cruel y perversa: exterminar al otro por ser diferente, o por intereses territoriales y económicos.

–La mentalidad siniestra. No hay límites. Yo no creo en la guerra justa o santa. Solo existen las causas justas. Ninguna guerra es justa. Toda guerra lleva destrucción en masa.

–Adolfo, como enseña el budismo, somos efecto de causas sembradas en el pasado. Por eso es importante la memoria, saber qué hicimos ayer para entender nuestro presente. Y a su vez, ser conscientes de lo que causamos en el aquí y ahora, porque eso es lo que cosecharemos mañana. En lenguaje psicoanalítico, el ayer no elaborado y los traumas reprimidos tienen efectos en el presente.

–Hace seis días vinieron a visitarme cuatro budistas tibetanos, amigos del Dalai Lama, del monasterio Dharamsala.

Analizamos un poco esta realidad del mundo. Hay una violencia que es estructural. El mismo sistema es injusto. El hambre, la discriminación, la pobreza... La democracia es un intento de construcción diferente, pero hay que sostenerla cada día, no es que se vota y listo.

–Una democracia efectiva determinaría una justicia social y un descenso en los niveles de violencia; no digo la erradicación, porque sería utópico. Pero a mayor equidad y educación, menos discriminación, que es la raíz de la violencia. Y, por otro lado, Adolfo, hay que desarrollar la empatía, la capacidad para comprender los sentimientos de los demás, reconociendo al otro como semejante. Además, las emociones están contaminadas no solo por los medios masivos de comunicación sino también por una sociedad que se repliega en sus casas y promueve el egoísmo y el narcisismo. Tenemos que trabajar a favor de la paz interior y la paz exterior, que se alimentan recíprocamente. Pero la tendencia impuesta no apunta a la armonía social ni a la interiorización sino al tiempo productivo, la búsqueda del éxito y el rendimiento, el *hacer para tener*, olvidando así el *ser* y el *estar* en el presente. No se estimulan las interacciones solidarias sino las acciones egoístas.

–Y una violencia llama a otra violencia. Tenemos suma de violencias, pero no la solución del conflicto. Nosotros estamos embanderados por la *no violencia*. Que no significa pasividad. Sino resistencia por otros medios.

–Como lo hizo Mahatma Gandhi.

–Y el Dalai Lama.

Suena el timbre. Una pausa. Una visita inesperada. Adolfo me pide disculpas, se levanta, desciende las escaleras. Aprovecho, me incorporo y recorro el *atelier*, lento, como el primer hombre que pisó la luna. Hago una fotografía de su versión de *La última cena* donde las formas inconclusas van ganando espacio sobre el lienzo blanco extendido en la pared. Camino y me detengo en esta suerte de museo vivo, de obras acabadas y otras en construcción, cuadros amontonados como naipes de las diosas de la creatividad. Marcos, telas, óleos y acuarelas diseminados sobre la mesa, en el escritorio y en paletas marcadas por el roce de los pinceles y del tiempo. Una melodía desorganizada de pájaros se filtra desde la ventana que da al jardín e inunda de una luz generosa el atelier en el que discurre nuestra charla.

Se escuchan pasos. Adolfo regresa, se sienta y me dice: “Perdoná, pero mi vida es complicada”.

Retomamos el diálogo. Hablamos de la importancia de los libros y de las palabras. Del uso que se hace de la mentira para intoxicar las mentes.

–Esquilo dijo: “La primera víctima de la guerra es la verdad”. Y la verdad empieza con la palabra. Es así, Pablo, estamos sometidos a una cultura de la violencia. Hay violencia desde la enseñanza, en los comportamientos sociales y colectivos. Ayer lo estábamos hablando con los antropólogos, sobre el rechazo a las culturas originarias, por ejemplo. Todo lo originario fue castigado y excluido.

–Negar la existencia de los pueblos originarios es negar nuestras raíces. Una visión errada, parcial, que ha generado que la identidad argentina se sienta más en consonancia

con lo europeo, negando lo originario y lo latinoamericano. Somos un crisol de razas, pero solo se ve y promueve lo homogéneo.

–Yo apunto a fortalecer la resistencia cultural. Hace unos años, cuando vinieron los reyes de España, hicieron en Rosario el Congreso de la Lengua. Y vinieron escritores de todas partes. Nosotros hicimos el Congreso de las Lenguas. Y al Congreso de la Lengua fueron dos amigos, Ernesto Cardenal y José Saramago. Entonces los invitamos a nuestro Congreso y quedaron impactadísimos. Recibí muchas críticas, seriamente.

–¿Por realizar el otro Congreso en paralelo?

–Así es... Y el Segundo Congreso de las Lenguas lo hicimos en la facultad de Medicina. Ya más acotado porque no nos daba el cuero. Pero estuvo Bartolomeu Melià, de Paraguay, antropólogo, un hombre que vivió mucho con las comunidades *aché*... Muchas veces usamos una palabra sin saber el significado. Cuando descubris la raíz de las palabras comenzás a tener otra percepción. Como el famoso *che*. *Che* significa persona. *A ché*, quiere decir “he aquí la persona”. Viene del guaraní.

–Y se fue aporteñando, “che, boludo”; frase que se usa para llamar a una persona sin nombrarla. O con solo decir el Che, sabemos que se trata de Ernesto Guevara.

–En Nicaragua también usan la expresión “che”. Me extrañó llegar a Managua y escuchar: “che, che”...

–Y la palabra “persona” proviene del latín y significa “máscara”, “personaje teatral”. Pienso enseguida en Fernando Pessoa, el poeta de los heterónimos, de las tantas máscaras. Y a su vez, Pessoa, en portugués, significa persona. En definitiva, Adolfo, el yo es una multitud de yoes, la

suma de todo lo vivido. La identidad argentina, como la de cada ser en su singularidad, es una construcción en la que no se debe negar la historia, somos en función de lo vivido y lo elaborado de cada experiencia de vida. Decir “yo soy”, tener una personalidad, es adueñarse de un relato.

–Visité varias veces Grecia. Estuve en el famoso teatro de Atenas. Desde el punto de vista psicológico, en la antigua Grecia, los actores usaban máscaras por varios sentidos, para representar al personaje y, a la vez, al ser hueca, la voz se escuchaba con mayor resonancia. Después de representar a los personajes, se quitaban las máscaras y volvían a ser personas. En nuestra sociedad hay quienes están con las máscaras todo el día, asumen el rol del *personaje* y nunca se ven como *persona*.

–El *ser* es un entramado, es decir, una trama. El armado de una personalidad tiene bastante de ficción, Adolfo, porque nos creamos y recreamos sobre una estructura que viene desde que nos conciben, incluso antes, en la historia sociofamiliar que nos precede. Si te preguntan: ¿quién sos?, respondés haciendo un relato, un recorte de palabras que intenta nombrar lo innombrable, lo insondable, el misterio de tu ser más íntimo. Porque podemos decir cómo nos llamamos, a qué nos dedicamos, a quién amamos, o de qué cuadro de fútbol somos... ¿Pero somos capaces de describir lo que soñamos, lo que intuimos, lo que sentimos en lo más profundo de nuestro ser? Me parece esencial aprender a diferenciar la *persona* que somos del *personaje* que mostramos. Vos, Adolfo, llevás un recorrido de más de noventa años, tenés un montón de reconocimientos, condecoraciones, premios, sos un referente fundamental de la lucha por los Derechos Humanos, Premio Nobel de la Paz y Honoris Causa de una

veintena de universidades del mundo, ¿te ha pasado caer en la trampa del personaje público?

–Desde el primer momento, cuando me dan el Premio Nobel de la Paz, dije: “No asumo a título personal, lo asumo en nombre de los pueblos de América Latina, de indígenas, de campesinos, de religiosos, de religiosas, de obreros...”. Porque mi trabajo no es individual, es un trabajo compartido. Si yo me pusiera en posición de figurita, no pensaría así.

–La cuestión fundamental es no caer en las trampas del personaje y que el ego se infle hasta convertirse en egoísmo. Ahora bien, ser persona, ser alguien, tener una identidad es producto del autoconocimiento, del hecho de hacer consciente que somos la suma de experiencias de vida en el marco de una historia singular y sociofamiliar. Pero en esta sociedad no se estimula el autoconocimiento, como si fuera una pérdida de tiempo porque no es productivo ni rentable. Todo es acelerado, sin pausa, en conexión con el mundo exterior y las distracciones, y se olvidan la introspección y sus beneficios para reconocernos como seres humanos singulares.

–El primer paso de todo proceso de liberación es reconocerse como persona. ¿Y cómo nos reconocemos como personas? Sabiendo que el otro, la otra, es un igual. En el sentido de que es una persona con derechos, con virtudes y defectos. Esto de haber recibido el Premio Nobel de la Paz lo fui elaborando con el tiempo. Primero comprendí que el Premio Nobel es un instrumento al servicio de los pueblos, que implica un compromiso con la paz y la solidaridad. Eso es fundamental. Y eso lo tenía bien metido en la cabeza con las acciones en la defensa de los Derechos Humanos. Todo, la medalla, los títulos, lo doné a la Universidad de Buenos Aires, a la casa de los Premios Nobel. Y no quise

# Índice



Sobre la foto de tapa	
<b>La mirada</b> .....	11
<b>Apertura</b> .....	15
<b>PARTE 1</b> .....	19
Capítulo 1	
<b>Ser humanos</b> .....	21
Capítulo 2	
<b>Adolfito</b> .....	39
Capítulo 3	
<b>Aprendizajes</b> .....	41
Capítulo 4	
<b>La herida es la puerta</b> .....	49
<b>PARTE 2</b> .....	51
Capítulo 5	
<b>Lecturas</b> .....	53

Capítulo 6	
<b>Las obras y la fe</b> .....	61
Capítulo 7	
<b>El Premio Nobel</b> .....	77
<b>PARTE 3</b> .....	89
Capítulo 8	
<b>Identidad</b> .....	91
Capítulo 9	
<b>Somos memoria</b> .....	105
Capítulo 10	
<b>Muros</b> .....	107
<b>PARTE 4</b> .....	127
Capítulo 11	
<b>Religar a la familia humana</b> .....	129
Capítulo 12	
<b>Humanizarnos</b> .....	133
Capítulo 13	
<b>Paz y amor</b> .....	145

